

The background of the cover is a dark, swirling, textured brown, resembling a vortex or a tunnel. In the center, there is a circular opening that looks like a hole in the ground or a tunnel. Through this opening, a bright blue and white sky with wispy clouds is visible. On the left side of the circular opening, there is a white, hand-drawn five-pointed star with a small 'TX' inside it. On the right side, a portion of the Union Jack flag is visible, appearing to be draped or caught in the swirling motion.

DIEGO
FISCHER

LA
GRAN
FARSA

RETRATO DE UN PAÍS
EN LLAMAS

 Planeta

D I E G O
F I S C H E R

LA
GRAN
FARSA

R E T R A T O D E U N P A Í S
E N L L A M A S

Una noche inolvidable

Serrana Auliso nunca imaginó que aquella tardecita de setiembre de 1971 sería la antesala de la noche más larga de su larga vida. Tenía entonces cuarenta y dos años y vivía con su madre, doña Elena, en Punta Carretas, en la casa que su padre, don Rómulo, comenzó a construir con sus propias manos en 1926 y terminó muchos años después.

En la mitad del repecho que nace en la rambla y va escalando Solano García en línea recta hasta José Ellauri para alcanzar, luego, bulevar Artigas, se encuentra el terreno de cuatrocientos metros cuadrados que en 1925 compró Rómulo Auliso, carpintero de profesión, estando ya ennoviado con Elena Bralich y haciendo planes para la boda.

El remate lo celebró el martillero Francisco Artigas por disposición del Banco de Cobranzas. En esa subasta se vendieron noventa lotes del todavía innominado y descampado barrio que los afiches propagandísticos ubicaban sobre «la Rambla Wilson y la gran Avenida Ellauri», entre «Pocitos, Trouville y Parque Rodó».

El nombre de Punta Carretas aún no figuraba en los documentos.

Los ahorros de varios años le permitieron a Rómulo hacer la mejor oferta y pagar la entrega inicial por el lote 41, de diez metros de frente por cuarenta de fondo. El saldo terminaría de abonarlo en cuotas mensuales de veinte pesos a lo largo de veinte años. En tiempos de estabilidad económica, la inflación era un fenómeno desconocido en Uruguay.

Ubicado a pasos de la flamante iglesia del Sagrado Corazón, que poco antes había logrado construir el poeta Juan Zorrilla de San Martín con el apoyo de la Liga de Damas Católicas, el predio tiene orientación este-oeste, por lo que el sol lo baña durante las cuatro estaciones. En las mañanas despunta por el fondo y por las tardes se impone por el frente hasta el ocaso, abrigando en los meses fríos y convirtiendo en tórridos los días más calurosos del verano.

Toda la construcción está elevada casi un metro sobre el nivel del terreno. Al principio, Rómulo levantó con sus propias manos una pequeña casa de paredes de madera y techos de chapa. Con los años, a medida que la familia fue creciendo y la economía familiar se lo permitió, ordenó edificar al frente habitaciones de ladrillo con techo de planchada y unir la construcción original con la nueva. Hasta el día de hoy luce incambiada.

La sencilla finca, hecha con enorme sacrificio por dos hijos de inmigrantes (de italianos él, de croatas

ella), tiene un pequeño jardín al frente y la calle Solano García la separaba del penal de Punta Carretas, la cárcel más importante y segura de Uruguay por entonces, que en 1971 albergaba a unos trescientos delincuentes considerados altamente peligrosos.

Para ingresar a la casa por la puerta principal, cuyo número es 2535, hay que subir tres escalones. Adentro, un pasillo amplio separa dos habitaciones de generoso tamaño. A la derecha, la sala; a la izquierda, un dormitorio. Tres habitaciones más, la cocina y un baño completan la edificación en la que claramente se distinguen las dos etapas de construcción.

Al fondo, separada de la casa por un patio de cinco metros, hay una segunda construcción de tres habitaciones y un baño. Inicialmente Auliso la pensó como taller de costura para Elena, y llegado el caso se alquilaría a otra familia para tener un ingreso extra.

En 1927 Rómulo y Elena se casaron en la parroquia de San Juan Bautista, en Pocitos. El primer hijo nació antes de que se cumpliera el primer año de matrimonio. Sucedió en 1928 y lo bautizaron Leonel; en 1929 fue el turno de Serrana, y en 1932 la familia se completó con el nacimiento de Sonia.

Para entonces Rómulo se desempeñaba como maestro carpintero de la Escuela de Policía y Elena tenía mucho trabajo. Su herramienta principal, además de su habilidad a la hora de cortar las telas y diseñar los modelos, era una máquina de coser inglesa marca

Imperial, que mantuvo en funcionamiento hasta que murió, en 1989.

Elena se había especializado en alta costura y confeccionaba vestidos de fiesta. En el tiempo de mayor auge, llegó a emplear a siete mujeres en el taller. Tenía muchas clientas en el interior, quienes le mandaban las telas por ferrocarril y la visitaban una o dos veces por año para encargarle los vestidos de cada temporada. Fue así durante más de tres décadas.

Cuando Rómulo se jubiló, Elena empezó a dejar de tomar trabajos. Estaba cansada y quería desquitar los años dedicados a tiempo completo a la costura disfrutando de la compañía de su marido. Con la jubilación de Rómulo y los ahorros de una vida, tenían lo suficiente para vivir con tranquilidad. Además, sus hijos Leonel y Sonia se habían marchado hacía años a los Estados Unidos, donde formaron sus respectivas familias.

Serrana ganaba un buen sueldo en el consorcio internacional Suney, que tenía sus oficinas en la Ciudad Vieja. La empresa, de capitales alemanes, rusos, italianos e ingleses, se dedicaba a las importaciones y exportaciones; pero en 1971, luego de que los tupamaros secuestraran al embajador británico en Montevideo, Geoffrey Jackson, los inversores ingleses se retiraron de la compañía, dejándola en una situación difícil.

Rómulo murió en 1969. Elena mudó lo que quedaba del taller a la habitación contigua a su dormitorio. Allí colocó frente a la ventana su máquina de coser y junto a

ella una radio capilla marca Zenith que tenía la misma edad de su hija Sonia y funcionaba tan bien como el primer día, cuando su marido se la regaló. En ella, por las mañanas escuchaba el informativo de El Espectador y al mediodía las noticias de Carve.

El dormitorio del frente era el de Serrana y tras la muerte del padre se convirtió también en estar diario. Allí estaba el televisor que se encendía por las tardes, cuando Serrana volvía de trabajar y su madre la recibía con un té y alguna torta que ella misma había cocinado.

Elena hizo pintar el taller del fondo, mandó colocar unos azulejos del baño y la cocina, que se habían caído por el paso del tiempo, y lo alquiló.

La inquilina se llamaba Dolores Castillo, era docente de Filosofía y periodista. Estaba divorciada y vivía con sus tres hijos, de apellido Rial: Guillermo, de veinte años, estudiante de Bellas Artes, a quien todos llamaban Billy; Yan, de dieciocho, y Silvia, de dieciséis.

Serrana regresaba siempre del trabajo antes de las seis y media, pero en los últimos años era frecuente que se demorara, ya fuera por un paro sorpresivo de transporte o por algún incidente policial. Montevideo y el Uruguay todo vivían tiempos de mucha tensión y violencia. Elena comenzaba a mirar su reloj pulsera a las seis menos cuarto y, si a las seis y cuarto no había sentido el ruido de las llaves en la cerradura, salía al jardín y se sentaba en el murito de la entrada a esperar a su hija.

Desde allí miraba el ir y venir de los guardias de la cárcel, que hacían la ronda por todo el perímetro del establecimiento. Los tenía cronometrados y sabía que la vuelta completa a esa fortaleza de cuatro manzanas les insumía entre quince y veinte minutos. Y que cinco minutos era el tiempo que demoraban en caminar de una punta a otra por el sendero alto de los enormes muros.

En más de una ocasión, Elena le dijo confiada a su hija:

—Somos afortunadas, aquí nada nos puede suceder. Estamos bien custodiadas.

Aquel 5 de setiembre de 1971, Elena y Serrana esperaban con ansiedad la noche para ver en la televisión un nuevo capítulo de *Cuatro hombres para Eva*, un teleteatro argentino escrito y dirigido por Nené Cascallar que hacía furor en ambas márgenes del Río de la Plata y que en Montevideo se emitía por Canal 12 los domingos a las nueve de la noche.

La telenovela contaba los encuentros y desencuentros amorosos de Eva, encarnada por María Aurelia Bisutti, una mujer que tenía un séquito de pretendientes protagonizados por los galanes más destacados de la Argentina de entonces: Rodolfo Bebán, Eduardo Rudy, José María Langlais y Jorge Barreiro. El elenco femenino se completaba con hermosas y jóvenes actrices: Fernanda Mistral, Martha Bianchi y Silvia Montanari. Cada semana se contaba una historia distinta con un protagonista masculino diferente. Ese domingo le

tocaba el turno a Bebán, por quien Elena y Serrana suspiraban.

A las siete de la tarde golpeó la puerta Billy Rial. Venía acompañado de otro muchacho. Serrana abrió.

—Buenas tardes, Serrana, ¿cómo está? —dijo con tono nervioso.

—Muy bien, Billy. ¿En qué te puedo ayudar?

—¿Podemos pasar un momento?

El joven que lo acompañaba se llamaba Henry Engler. Aparentaba ser un poco mayor que Billy, tenía una abundante melena castaña y llevaba un estetoscopio colgado al cuello.

—Sí, pasen —dijo ella abriéndoles la puerta. Luego volvió a cerrarla.

—Serrana, este muchacho y otra persona que está en casa son tupamaros y vienen a hacer un trabajo.

—¿Qué trabajo?! —preguntó Serrana levantando la voz y mirando a Engler a la cara.

—Tranquila, no se altere —la calmó Billy—. Necesita que usted y Elena vayan para el apartamento del fondo. Él se quedará aquí.

Y añadió:

—No haga más preguntas, Serrana. Le aseguro que no les pasará nada.

—Yo no quiero salir de casa.

Elena, que había escuchado la conversación desde el estar, se acercó y mirando a Engler le dijo:

—Si usted es el sanitario que llamé la semana pasada y viene a arreglar las canillas del baño, vuelva mañana. Hoy es domingo y estamos descansando.

—No, mamá, no es el sanitario —dijo Serrana, que no podía ocultar su nerviosismo.

—¿Y entonces?

—Elena, usted y Serrana acompáñenme al fondo. Todo saldrá bien —repitió Billy.

—Vamos, mamá.

—Pero solo por un rato. Mirá que hoy tenemos que ver *Cuatro hombres para Eva* y los inquilinos del fondo no tienen televisor.

—Vengan —ordenó Billy.

—Dejame ir a buscar un abrigo —pidió Serrana—. Hace frío.

Engler caminó unos pasos por el corredor y siguió a Serrana con la mirada.

—Abrígate, mamá —dijo Serrana y le colocó un saco grueso de lana sobre los hombros. Ella se puso el chaquetón azul que solía usar para ir al trabajo.

Ya era de noche, caía una garúa y estaba frío. Atravesaron la casa, cruzaron el pequeño patio e ingresaron al apartamento que había sido durante décadas el taller de Elena. Billy y Engler las ubicaron en la segunda habitación, que los inquilinos usaban de estar.

—Siéntense —ordenó Billy con el tono más cordial que le salió.

Las dos mujeres obedecieron. A Serrana le corrió un frío helado por la espalda cuando comprobó que había otro hombre joven sentado y que tenía un arma calzada en la cintura.

Engler se dio cuenta y dijo:

—Quédense tranquilas, que nada les va a pasar.

A la media hora llegaron Pola y Susana, dos vecinas que estaban reformando su casa y que, desde hacía una semana, iban a dormir a lo de la familia Auliso. Tenían casi la misma edad de Serrana. Iban con sus bolsas de agua caliente, en salto de cama y calzando pantuflas. Sus miradas reflejaban el miedo y la incertidumbre.

Minutos más tarde se sumaron Dolores y la novia de Billy. Todas fueron obligadas a quedarse en la misma habitación.

Serrana se dio cuenta de que la noche más larga de su vida había comenzado.